

# COMMUNIO

REVISTA CATOLICA INTERNACIONAL    AÑO 1 - Nº 2    JUNIO DE 1994

---

## *El acto litúrgico*

*HANS URS VON BALTHASAR*

*JOSÉ LUIS DUHOURQ*

*HANNA-BARBARA GERL*

*HORACIO VARELA ROCA*

*ALBERTO BELLUCCI*

*JEAN-LUC MARION*

*LUCIO FLORIO*

*ALBERTO ESPEZEL*

## CONSEJO DE REDACCION

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone. Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebecca Obligado, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), P. Sergio Schmidt (Mendoza), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot.

*Director y editor responsable:* P. Dr. Alberto Espezel

*Secretaria de redacción:* Prof. Cristina Corti Maderna

# COMMUNIO

<i>El acto litúrgico</i>	3	
<i>Hans Urs von Balthasar</i>	5	<b>¿Un sacrificio que no cuesta nada?</b>
<i>José Luis Duhourq</i>	13	<b>Liturgia y nueva evangelización</b>
<i>Hanna-Barbara Gerl</i>	23	<b>Comed el cordero rápidamente</b>
<i>Horacio M. Varela Roca</i>	31	<b>Rumor de encuentro. La liturgia y el arte</b>
<i>Alberto G. Bellucci</i>	39	<b>Arquitectura y espacio de culto, hoy</b>
<i>Jean-Luc Marion</i>	61	<b>Filosofía cristiana y heremética de la caridad</b>
<i>Lucio Florio</i>	69	<b>Acceso y salida del camino religioso de Ernesto Sábato</b>
<i>Alberto Espezel</i>	77	<b>La cristología de Romano Guardini</b>

# La cristología de Romano Guardini

por Alberto Espezel\*

Nos proponemos mostrar algunas líneas maestras de la cristología de Romano Guardini. Comenzamos por una breve introducción histórica, seguimos con algunas reflexiones hermenéuticas del autor, exponemos luego la visión guardiniana del Jesús terreno y lo que podríamos designar como el ser o la ontología de Cristo, para luego considerar su soteriología. Terminamos con una breve conclusión reasuntiva.\*\*

## Introducción

### 1. El “tiempo” de Guardini

Si quisiéramos concentrar nuestra mirada en los primeros momentos en que Guardini comenzó a dar su palabra madura, habría que referirse, sin duda, a la primera post-guerra, y ubicar ahí el primer florecimiento de su mensaje y de su teología.

Sus estrechos contactos con el “Scheler-Kreis”, y su traslado personal a Bonn en los años 1920-1923 lo acercaron al movimiento de discípulos, directos o indirectos, de Husserl que re-descubren el valor perenne de la “intuición del ser”, con una renovada confianza en la actitud cognoscitiva del hombre, y que comparten la necesidad, la toma de conciencia, de que la tarea generacional que les compete es justamente la de superar la “modernidad” filosófica quebrando el cerco del subjetivismo post-kantiano.

\* Alberto Espezel, sacerdote, San Isidro. Director de estudios y profesor del Seminario de San Isidro. Profesor de Teología Dogmática y Moral en las Facultades de Teología de San Miguel, Universidad Católica Argentina y Universidad de San Andrés.

\*\*Para la bibliografía del autor, y en forma sin duda arbitraria, nos hemos concentrado fundamentalmente en *La imagen de Jesús en el Nuevo Testamento* (1936, en adelante JNT), en el muy importante y tardío *La realidad humana del Señor* (1958, en adelante RHS, citados ambos según las versiones de Ed. Lumen, Buenos Aires, 1989) y para la soteriología, en algunos pasajes de *El Señor* (1937, en adelante ES, citado según la edición de la Werkbund Verlag, Würzburg, 1951), en la *Esencia del Cristianismo* (1929, en adelante W, citado según la versión francesa de la Alsatia Ed., Colmar, 1947) y *La existencia del Cristiano* (Obra póstuma editada en 1976, según la traducción italiana de Vita e Pensiero, Milán, 1985, en adelante EC). Agradezco las observaciones realizadas por Mons. E. Guasta.

La figura de Max Scheler aparece aquí con sus talentos y contradicciones. El “pedagogo” Guardini permanece siempre indefectiblemente agradecido hacia quien en diversas ocasiones le diera consejos decisivos, indispensables, para el ejercicio de su futura tarea docente y espiritual. Guardini llega a afirmar —con tono que tiene algún sabor polémico— que es la persona a quien le debe el consejo más precioso para encarar su futura tarea docente en la cátedra de “Visión católica del mundo” en la Facultad de Teología protestante en Berlín<sup>1</sup>.

El entusiasmo y aún el triunfalismo jubiloso de ciertas expresiones del grupo no dejan de llamarnos la atención a nosotros, 70 años después, en que percibimos quizás con mayor realismo —a la luz de tantos post-modernismos— cuán difícil es la tarea de liberación de ciertos aspectos de la herencia kantiana en nuestros días. Pero el hecho de revivir aquel entusiasmo metafísico de los años 20 no deja de ser un ejercicio valioso estimulante. En efecto, cabe preguntarse si la tarea acometida en su momento desde un ángulo filosófico-teológico por R. Guardini no permanece siendo aún hoy una tarea primordial de nuestro tiempo.

## 2. Hermenéutica

a) Guardini cuestiona la separación entre el Jesús de la historia y el Cristo de la fe, que pretende reducir lo cristiano a una fe subjetiva sin enlace con el Jesús en sí histórico.

El Cristo creído es el Jesús original e histórico, lo histórico y real, lo histórico y verdadero no se contraponen a la fe sino que es su supuesto previo como realidad objetiva y existente en sí que mueve a la fe del testigo. Por eso los testimonios y manifestaciones apostólicas son introducciones hacia El que quedan totalmente superados y rezagados respecto a su plenitud incomparable de Dios-hombre. Los apóstoles no pueden nunca decirnos más de lo que era el Jesús histórico, sino siempre menos.<sup>2</sup>

Quien lea adecuadamente el Nuevo Testamento verá brillar detrás de cada frase una realidad que supera y sobrepasa siempre lo dicho. El objeto expresado —Jesucristo— supera totalmente la posibilidad expresiva de los testigos, quienes, —inspirados— transmiten como pueden su imagen. No se trata, entonces, de superar la exageración mitológica de fe para llegar al Jesús históri-

<sup>1</sup> R. Guardini, *Appunti per una autobiografia*. Morcelliana, Brescia, 1986.

<sup>2</sup> R. Guardini, “La realidad humana del Señor (RHS)”, *Lumen*, Buenos Aires, 1989, p. 17.

co, sino exactamente lo inverso —"revolución copernicana", la llama Guardini—: alcanzar tanteando la plenitud originaria incomparable de Jesucristo desde los testimonios que son introducciones a El.<sup>3</sup>

b) Guardini discrepa con la idea de que la figura de Jesús pierde su autenticidad cuanto más tardío sea el testimonio sobre él. El tiempo puede abrir una distancia que abre al testigo a una nueva perspectiva hacia Cristo, quien puede haber tenido una nueva experiencia de la realidad que ayuda a su comprensión de Cristo. Un testimonio más tardío puede mostrar una reflexión más sólida y que responde a dificultades de la época; ello no significa que sea menos genuino.<sup>4</sup>, sino que el tiempo transcurrido y el desarrollo de la misión han permitido al testigo inspirado una profundización de Jesucristo distinta. A su vez, los testimonios más antiguos muestran estratos que se han ofrecido primero a la mirada creyente.

Para Guardini, Cristo nos es transmitido por la palabra y la memoria de todos los apóstoles, desde Marcos hasta Juan. Parece importante retener la importancia concedida al tema de la memoria viva del Señor. Cristo nos sale al encuentro desde la integridad de la predicación apostólica<sup>5</sup>, y el teólogo ha de tomar el corpus entero del Nuevo Testamento en su plenitud inspirada e incomparable.

c) Guardini subraya la singularidad de la teología, cuyo método ha de estar determinado y medido por el hecho de la Revelación que suscita la fe y que naturalmente no puede ser puesta nunca entre paréntesis. El carácter propio de lo revelado y de la fe que le responde ha de medir todo el discurso teológico. Inútil resulta entonces aplicar a la teología un método puramente histórico profano, o científico natural. Sólo actúa científicamente el teólogo que asume en su método teológico el carácter de lo revelado como carácter decisivo.<sup>6</sup>

Guardini recuerda que la teología es una ciencia que no utiliza los métodos de la historia o de la psicología en general, sino aquél método que está determinado por el carácter de su objeto en cuanto a revelado. Es el objeto de la ciencia el que determina el tipo de método a utilizar, y no al revés. Por ello, Guardini sos-

<sup>3</sup> RHS, pág. 17.

<sup>4</sup> RHS, pág. 13.

<sup>5</sup> RHS, pág. 17.

<sup>6</sup> RHS, pág. 14, nota

tiene que sólo actúa científicamente el teólogo en cuanto asume en su método el carácter de la Revelación como carácter decisivo, que no puede ser puesto entre paréntesis.<sup>7</sup>

## **I. El Jesús Terreno**

### **a) Propiedades y actitudes del Señor**

En la “Realidad humana del Señor” Guardini destaca la fuerza misteriosa del Señor que impresiona profundamente a sus contemporáneos. Sus palabras tienen autoridad (Mt. 7,29). Destila una energía espiritual que ilumina ciertos milagros (la tempestad calmada, por ej.: Mt. 8,13). No vemos en Jesús ni vacilación ni timidez. Pero su fuerza es siempre medida, acompañada por una profunda bondad, suavidad, y por una libertad soberana.<sup>8</sup> Falta en Jesús —nos dice Guardini— el carácter de lo insólito. Los milagros más grandes (resurrecciones, multiplicación de panes, etc.) parecen casi “naturales”. Su acción brota sencillamente y con tranquila necesidad. Tampoco sus palabras son insólitas (conf. con Isaías o Pablo): siempre dan la impresión de una medida extrema, y más aún, de economía.<sup>9</sup> Jesús se encuentra entregado a la verdad, según lo requiera “la hora” cada vez; está dispuesto por ella a todo sacrificio: por ello no hay miedo en Jesús. En El voluntad y verdad son una sola cosa porque realiza la verdad; no hay en El esa “crisis de toda creatura en que se oscurece el sentido de lo que se quiere, y la voluntad cae en el vacío”.<sup>10</sup>

De Jesús brota —apunta Guardini— una inagotable capacidad de ayuda a los pobres, a los que sufren y a los rechazados. Enviado a todo hombre, muestra un calor especial por los pobres y proscritos. Percibe la necesidad de los hombres.<sup>11</sup> Las imágenes usadas en las parábolas (rebaño, grano, pan, sal) muestran que las cosas no le eran indiferentes, sino que tenía simpatía por ellas.<sup>12</sup> El autor destaca la enérgica virilidad de Jesús, honda y clara, pero no determinada por el sentimiento o por el instinto, sino por el espíritu. . . Su tarea de anuncio del reino es llevada con una clara objetividad y una total subordinación de lo personal a

<sup>7</sup> RHS, pág. 14, nota.-

<sup>8</sup> RHS, pág. 30.

<sup>9</sup> RHS, pág. 32

<sup>10</sup> RHS, pág- 53

<sup>11</sup> RHS, pág. 26; 59

<sup>12</sup> RHS, pág. 55

la obra —subordinación que no atrofia ni oprime lo personal, sino que alcanza su más pura libertad— de modo que en ellos llega a su plenitud la más genuina virilidad. Aparece esa tranquila ausencia de temor que procede de la misión y de la realidad, con que lleva adelante su misión.<sup>13</sup>

El autor muestra que Jesús padece hambre. . . Sin embargo, si miramos lo que la comida es para él, por ej. en las tentaciones del desierto, si observamos el modo peculiar como se porta en la necesidad de comer, tan soberanamente libre, y sin embargo no ascéticamente, ya advertimos el misterio incomprensible de su vida y de su vida psíquica. Aparece triste y alegre, ama a los suyos y compadece la miseria de los hombres, pero ¿quién es capaz de entender la tristeza de Jesús en el Huerto de los Olivos?, se pregunta Guardini<sup>14</sup>. Nuestro autor muestra que el pensamiento de Jesús permanece cercano a la realidad inmediata de las cosas, del hombre, de Dios. Sus pensamientos se dirigen al reino de Dios, pero su forma es pre-teórica (como el del niño o del hombre primitivo), que plantea señalando “como el descubridor que dice: aquí está en marcha algo que antes no estaba: una posibilidad desconocida; fuerzas que no estaban disponibles”<sup>15</sup>. Jesús habla del Padre mostrando cómo juzga el Padre, qué hace y cómo debe el hombre tomar en serio la paternidad de Dios para llegar a un encuentro vivo con El. Guardini muestra que lo decisivo sobre el Padre lo dice en la forma de una oración para ser rezada.<sup>16</sup>

Guardini describe<sup>17</sup> la soledad última que existe siempre en torno a Jesús. Aunque haya muchos hombres a su alrededor, Jesús está siempre solo, ya que ninguno lo entiende: ni los adversarios, ni la muchedumbre, ni sus discípulos. El no-ser-entendido es parte esencial de su destino.

Falta en Jesús lo que presupone el ser comprendido: surge la impresión de un duro enervamiento, de una sordera. Pues el ámbito de la vida sólo queda abierto por parte del tú: la palabra hablada sólo queda completa en el oído del que lo entiende. La amistad que pudo tener con otros conllevaba una “desigualdad” permanente e inevitable, que no quebraba su soledad.

<sup>13</sup> RHS, pág. 84

<sup>14</sup> RHS, pág. 65, 6

<sup>15</sup> RHS, pág. 47.

<sup>16</sup> RHS, pág. 48

<sup>17</sup> RHS, pág. 60

Pero su retirarse en soledad no es vista por Guardini como la huida del melancólico ante los hombres, sino el ansia del silencio ante Dios, su Padre. No hay en Él nada de melancolía ni de depresión auténtica. Por otra parte, Jesús da la impresión de gozar de una salud excelente.<sup>18</sup>

## **b) Evolución y Crecimiento**

Nuestro autor se pregunta por el “crecimiento de Jesús en sabiduría”. No hay en Jesús —según Guardini— una evolución en el sentido usual y moderno de la palabra. ¿Qué significa entonces Lc. 2,52? No parece que la interpretación teológica la haya tratado del todo en serio para no atentar con la univocidad de la naturaleza divina y porque para los medievales todo desenvolvimiento es en sí algo menos perfecto.<sup>19</sup>

No hay en Jesús inseguridades y victorias, rupturas con el pasado y nuevos comienzos —sostiene nuestro autor—. No se puede entender en este sentido el bautismo del Jordán, la agonía en Gethsemaní y el abandono de la cruz, pues en esa interpretación subyace la psicología del hombre grande. Y esa psicología no es válida para Jesús.<sup>20</sup>

“Habría que construir más hondamente, desde abajo, el concepto de crecimiento; desenvolver el problema de la mismidad de forma más rica y tensa, y, sobre todo, habrá que entender mucho más a fondo qué es vida en Dios, qué es gracia, gracia esencial, la “*gratia unionis*” de la Encarnación, para llegar también aquí al milagro de la superación de toda pura psicología, de que antes hablábamos.<sup>21</sup>

Nuestro autor considera que el Niño aparece como completamente humano y totalmente normal. Pero en esa normalidad resplandece una profundidad, una altura de la conciencia que, como un nuevo centro de sentido, no deducible de lo normal, eleva todo lo normal a una nueva relación de conjunto.<sup>22</sup>

En Lc. 2, 41 y 51 aparece ya en Jesús la conciencia de pertenecer inmediatamente a Dios. Según Guardini, si comparamos esta conciencia del Niño con la de la edad viril, se ve que no hay

<sup>18</sup> RHS, pág. 18.

<sup>19</sup> JNT, pág. 68

<sup>20</sup> JNT, pág. 69

<sup>21</sup> JNT, pág. 69

<sup>22</sup> RHS, pág. 74



distinción cualitativa entre la relación con el Padre que El tiene de Niño y la que tiene de mayor. Tampoco se puede decir nada sobre el tiempo o la manera de empezar esta conciencia. No hay aquí una eclosión de la conciencia de pertenecer al Padre ante el contacto con el templo y la ciudad santa, de modo que el Niño hubiera descubierto su pertenencia a Dios, se hubiera percibido como Niño-Hijo de Dios y hubiera llegado a serlo. El relato no muestra una irrupción súbita de una nueva conciencia, sino más bien un proceder que emana de la seguridad de una conciencia ya pre-existente. Lo decisivo de la personalidad de Jesús ya se encuentra allí. Pero hay que comprender la índole de este proceder como completamente de acuerdo con su edad juvenil, pues el vs. 52 dice que después creció en la medida del adolescente y del hombre.<sup>23</sup>

“Tenemos ya delante una conciencia de pertenecer al Padre celestial y de ser llevado por El, que contiene todo lo esencial de lo posterior. Pero esta conciencia está encauzada entera dentro del modo de experiencia propio de la edad en cuestión, de manera que aquí ha tenido lugar un crecimiento, y continúa en adelante y por cierto en todos los sentidos: “sabiduría, en estatura y en gracia”, y no sólo “ante los hombres”, sino también ante Dios.”<sup>24</sup>

Guardini sostiene que no existe en el Nuevo Testamento ninguna indicación de que Jesús haya llegado a ser algo que no era antes, en referencia a su relación con el Padre. Ya era al principio lo que es al final. Sólo cabe hablar de evolución como crecimiento dentro de una forma que desde el principio está llena de sentido.<sup>25</sup>

## II. EL SER DE CRISTO

### a) Conciencia de Enviado: obediencia, no programa

Guardini muestra la conciencia que Jesús tiene de estar enviado por el Padre, y su voluntad de cumplir un mandato.<sup>1</sup> Ahora bien, esta voluntad paterna no se traduce en una forma o en un

<sup>23</sup> RHS, pág. 76

<sup>24</sup> RHS, pág. 76

<sup>25</sup> RHS, pág. 78

<sup>1</sup> HS, pág. 42.

plano de orientación divina extendida ante su mirada, sino que Jesús vive —según nuestro teólogo— por la voluntad del Padre, tal como de ocasión en ocasión se le ha presentado en el acontecer en su “hora”. Este acontecer no es en realidad un programa, sino simplemente lo que resulte en cada momento de la historia que transcurre y de la toma de posición de los hombres implicados. Allí entonces se cumple en cada ocasión el acuerdo entre la voluntad asignadora del Padre y su propia voluntad obediente, y surge así la acción.

Para Guardini, concretamente, la vida de Jesús es “verdad”, pues vive sin reserva ni velamiento en puro “acorde” con la realidad viviente de Dios. Este ser-verdad es también poder de verdad y lleva a quien se topa con él a mostrar sin reservas su modo de pensar.<sup>2</sup>

Nuestro autor muestra cómo Jesús es por esencia “el Enviado”. Nunca tuvo carácter privado, ni le importa una obra personal, ni su gloria. En la conciencia de Jesús no hay preocupación por su salvación, sino sólo la preocupación por su misión. Y esta misión tiene como contenido el mundo mismo. Tampoco hay en la vida de Jesús valores marginales; sino sólo el sagrado hecho capital, la “única cosa necesaria”: la gloria del Padre y la salvación del mundo.

El autor muestra que Jesús se encuentra en casa y como Señor entre las cosas, porque su voluntad coincide con la del Padre. El es el enviado y su voluntad se encuentra orientada enteramente a la misión. En la obediencia a esa misión “le ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra”. Un poder tan grande como el del Padre, pero nunca sin El, no contra El, sino en su obediencia.<sup>3</sup> En los milagros, la voluntad de Jesús con las cosas tiene un especial contacto de realidad; “pero ese contacto no proviene de ninguna fuerza de especie superior, sino de la obediencia; de su unidad con la voluntad del Padre y la gran marcha de la historia sagrada, que se cumple de hora en hora”<sup>4</sup>. Es importante destacar cómo ve Guardini la relación entre obediencia, misión y señorío. Su poder y señorío descansan en la obediencia y de ella proceden.

<sup>2</sup> RHS, pág. 44.

<sup>3</sup> RHS, pág. 56

<sup>4</sup> RHS, pág. 56

## b) Unidad misión-ser

El autor veronés muestra que Jesús, en su acción y experiencia, se encuentra absolutamente unido y de acuerdo consigo. La acción no sobrepaja su posibilidad, sino que es su fruto. Mientras que en el profeta y en el apóstol (1 Cor. 4, 9 y 7) siempre hay incongruencia entre misión y ser, en Jesús esto es fundamentalmente diferente. Misión y ser, tarea y voluntad, servicio y fuerza, son una sola cosa en Él. Él es lo que significa; Él quiere aquello para lo que ha sido enviado: puede lo que debe. Jamás se ve una fisura: pareciera que tuviera entonces reservas sin utilizar, es más de lo que parece, puede más de lo que hace<sup>5</sup>. Se muestra aquí el perfecto acuerdo entre misión (a obedecer) y ser, entre ontología y economía.

El señorío de Jesús, dice Guardini, se conjuga con una obediencia única, con una humildad real y no falsa. Mientras que para nosotros "ser señor" significa señorear, estar en lo alto rodeados del resplandor del respeto, en la vida de Jesús, por el contrario, se encuentra la falta de poder, la pobreza, incluso la deshonra de la cruz. En Cristo se nos revela un nuevo señorío, que se conjuga con la humildad, con una nueva humildad.<sup>6</sup> Aquí la humildad es el inconcebible auto-abajamiento del Señor frente a su creatura —autoabajamiento que no quiebra su señorío sino que lo supone y plenifica—. La humildad del cristiano consiste en co-realizar esta actitud. Esta autoapertura de Dios revela en su ser-señor otra actitud, aparentemente contraria, propiamente la humildad, llamada también a ser vivida por los cristianos.<sup>7</sup> El amor guardiniano por el título de "Señor" procede del hecho de que para Cristo no existe ninguna medida. Él mismo es la medida. Por eso Él es el Señor, Señor en forma esencial (von Wesen zur Wesen).

Nuestro teólogo muestra diversos aspectos de la obediencia. Por de pronto, su dependencia y no autonomía. La existencia de Jesús descansa totalmente en la relación con el Padre. De Él ha recibido la misión y plenitud de poderes (Mt. 12,27; Jn. 13,3), y se encuentra en amor y obediencia a Él (Mc. 14, 36; Lc. 2,49; Jn. 5,30). En ninguna parte vemos que Él pretenda lograr su propio reino, de que quiera ser para sí, empezar desde lo propio, y si el espacio da para ello, abandonar al Padre, rebelarse contra Él. Jesús no sale jamás de la posición del Hijo: la conserva hasta en lo

<sup>5</sup>RHS, pag. 82.

<sup>6</sup>RHS, pag. 84

<sup>7</sup>ES, pag. 143.

profundo de su personalidad, hasta en lo más íntimo de su misión: hasta en la primera involuntariedad del sentimiento. La filialidad es su modo de existir. Jesús es persona de otro modo que nosotros. Quien en él dice “yo” es otro, es diferente, y en referencia a Dios, porque pertenece a Dios en un sentido inaudito, existiendo de Dios, hacia Dios, con Dios.<sup>8</sup> Si alguien preguntara por el rasgo esencial que expresara lo más íntimo de la personalidad de Jesús, se debería responder: su ser Hijo.<sup>9</sup> Jesús es Hijo en su relación, su persona, su pensamiento, en los sentidos más íntimos de su corazón.<sup>10</sup>

### **c) Unión hipostática**

Guardini sostiene que la figura de Jesús no se constituye según una ley psicológica común, sino que es el Logos quien manda en Jesús. El Verbo, al desatar las estructuras de la nueva humanidad y llevarla a una nueva obediencia, produce la figura de Cristo. Para nuestro teólogo el Verbo libera las estructuras humanas llevándolas a una nueva obediencia.<sup>11</sup> En Jesús la naturaleza humana está a disposición del Hijo de Dios, quien se revela en ella. Al hacer surgir la voluntad de Dios, esta naturaleza humana florece en su más pura plenitud. Para esta realidad última no existe —comenta Guardini— concepto alguno. La naturaleza humana florece en la obediencia al Padre.

El autor muestra cómo toda creatura se encuentra traspasada por el poder de Dios, a Él le pertenece y por Él subsiste. En el caso de Jesús, en cambio, el Logos no sólo ha tomado la creatura en su poder, sino que la ha puesto en su propio territorio de existencia, ahí donde le dice “yo soy el que soy”. Cuando el Hijo se encarna, la creatura afirmada por él fue arrebatada desde la nada al primer comienzo: hubo creación de tal modo que un ente —la humanidad de Cristo— fue puesto en el ámbito de la existencia de Dios, y brotó como algo nuevo<sup>12</sup>. En medio de la creación marcada por el pecado, apareció un centro llamado por Dios a la existencia. El es la luz del mundo. Desde él toma el Logos el mundo, trozo a trozo; o se cierra el mundo ante él y queda con ello en las tinieblas, y ya está juzgado.<sup>13</sup>

<sup>8</sup> RHS, pág. 102.

<sup>9</sup> ES, pág. 97.

<sup>10</sup> ES, pág. 54

<sup>11</sup> RHS, pág. 66.

<sup>12</sup> RHS, pág. 142

<sup>13</sup> RHS, pág. 143

Guardini interpreta en forma joánico-agustiniana la figura de Jesús como maestro. Jesús ve por visión viva y por esencia. Pero además en El está el ser mismo en la patencia de la verdad. La idea en cuya luz se abre un ente se encuentra en El mismo, quien también es la palabra creadora desde la cual se hace posible todo hablar. Cuando enseña dice la verdad que El es y fundamenta toda la restante verdad. Es la idea por la que todas las cosas son verdaderas.<sup>14</sup>

El contenido de la exigencia de Jesús es la fe. Pero Guardini piensa que Jesús no tiene fe, no cree. Esta palabra no cuadra a su propia existencia. El no se encuentra del lado de quienes creen, sino que se encuentra allá donde está aquello a que se dirige la fe. Hace poner la fe en Él.<sup>15</sup>

La misma existencia terrena, el existir como tal, se hace para Jesús sufrimiento. La intensidad de este sufrimiento es divina: en El sufre Dios. Y El sufre el mundo. Pero esto no entendido a la manera de un dolor universal, sino en el sentido de un acto profundo y puro: él soporta la vida en el sentido más completo.<sup>16</sup>

### III, LA SOTERIOLOGIA

#### a) La Pasión

Muchas veces Guardini se pregunta por la necesidad insoslayable de la Pasión y la Cruz. Tomando muy en serio la libertad real de los hombres a los que Jesús se dirigió, nuestro autor sostiene que pudieron recibir favorablemente el mensaje del Reino predicado por Jesús, de tal modo que pudieron aceptar a Jesús tal como se presentaba, en su mesianismo de servicio y de amor.<sup>17</sup>

El planteamiento de hipótesis posibles fuera de la concreta historia salutis ocurrida nos recuerda un poco a la Escolástica tardía. Pero por otra parte, y esto nos parece valioso, Guardini desea quizás subrayar de este modo el peso real de la libertad de aquellos que rechazaron al Señor. Cabría preguntarle a Guardini por la "necesidad" aludida en Lc. 24,26; Mc. 8,31 y ss. y otros pasajes neotestamentarios. Se trata en el fondo, nos parece, del conoci-

<sup>14</sup> RHS, pág. 135-137

<sup>15</sup> RHS, pág. 91

<sup>16</sup> EC, pág. 265

<sup>17</sup> RHS, pág. 73

miento providencial que Dios tiene en su ordo salutis del rechazo del Mesías.

Guardini parte de las palabras de institución eucarística y del “pro-nobis” allí expresado, que son a sus ojos “la” explicación por excelencia del misterio de la Pasión.<sup>18</sup> La teología guardiniana de la pasión es fuertemente unitaria, en el sentido de considerar en forma global el misterio entero de la Pasión en sus pasos de Getsemaní-Cruz-Descenso-Resurrección. Esta consideración de conjunto le permite en primer lugar contemplar los acontecimientos que ocurren en la Hora como un todo en sí mismo, que se diferencia del tiempo anterior de la vida de Jesús, y en segundo lugar le abre la posibilidad de iluminar las distintas escenas de la Pasión entre sí. De este modo, las palabras de abandono (Mt. 27,46), explican la oración de Getsemaní, donde Jesús comienza a ser abandonado por el Padre y donde Jesús adquiere el conocimiento más agudo de la culpa y de la perdición del hombre a los ojos de Dios.<sup>19</sup>

El momento extremo de Getsemaní consistió “en la experiencia última realizada por el corazón y el espíritu de Jesús, de lo que significa el pecado frente al rostro justiciero y vengador de Dios”<sup>20</sup>. “ El Padre le exigió allí tomar este pecado como suyo. Y El vio la cólera del Padre contra el pecado asumido (dirigida) contra sí y experimentó el apartamiento del Dios santo que lo abandonaba.”

Respecto a la Cruz y el Descenso, Guardini afirma que “Jesús quiso someterse por amor, con plena conciencia, entera libertad y corazón sensible a aquella caída del hombre en el abismo de la nada. . . El aniquilamiento es tanto mayor cuanto más grande es el ser a quien anonada. Nadie ha muerto como Jesucristo, porque era la misma vida. Nadie ha expiado el pecado como El, porque era la misma pureza. Nadie ha experimentado tan hondo la caída en la nada, hasta aquella realidad terrible, que se encuentra detrás de la palabra: “Dios mio, ¿Por qué me has abandonado?” (Mt. 27,46), porque era el Hijo de Dios. Fue realmente aniquilado...” descendió, pues a los infiernos en un sentido inexpresable, reinó donde reina la nada maligna. Y descendió no sólo como libertador de las cadenas, sino después de haberlo realizado en otro modo terrible que sólo podemos presentir”.<sup>21</sup>

<sup>18</sup> W. pág. 53; ES, pag. 499.

<sup>19</sup> ES, pág. 483.

<sup>20</sup> Es. pág. 484.

<sup>21</sup> ES, pág. 502

Guardini considera —con razón— la experiencia única del sufrimiento de Jesús desde la unicidad e incomparabilidad de su condición de Hijo encarnado. La singularidad de su dolor brota entonces no tanto de los tormentos físicos —reales, pero sufridos también por tantos otros hombres— cuanto del hecho de que la expiación representativa del pecado es allí vivida y padecida por el Hijo hecho hombre.

## b) La representación de Cristo

Nuestro autor sostiene que Jesús ha asumido el pecado hasta encontrarse en el “estado de pecador, y no a causa de una falta personal, sino consecuencia de una apropiación infinita del amor representativo (“aus der unendlichen Verselbigung der stellvertretenden Liebe”), queriendo ser aquél hacia el que se dirigía la ira de Dios”.<sup>22</sup>

Cuando se refiere a la cruz y al descenso, Guardini habla de una sumisión al “abismo de la nada de su rebelión contra Dios” y que lleva a la desesperación y al quebrantamiento.<sup>23</sup>

De los textos mencionados parece delinearse la forma que adquiere la representación inclusiva de Cristo en el pensamiento guardiniano. Mientras que por una parte mantiene la afirmación de la pureza y santidad incomparables de Jesús, por otra parte circunscribe la asunción representativa del pecado al “estado de pecado” y a la “nada que resulta de la rebelión contra Dios”. La asunción del pecado deviene asunción de la condición de pecador. En una obra póstuma, “La Existencia del cristiano”, Guardini afirma que Dios ha acercado el destino del hombre a sí hasta entrar El mismo y asumir la responsabilidad de la culpa del hombre que era incapaz de expiarla. Por ello la culpa del hombre se ha hecho “destino” para él<sup>24</sup>. Guardini aclara aquí aún más su pensamiento: la asunción que Jesús realiza del estado de pecador y del resultado de la rebelión contra Dios, la asunción de la condición pecadora del hombre o de su “destino pecador” conlleva la apropiación de la responsabilidad de la culpa, de modo tal de poder “responder” por el hombre en su propio lugar.

Guardini afirma en “El Señor” que el hombre no tiene conciencia suficiente del pecado, ni puede medir su importancia ni ex-

<sup>22</sup> ES, pág. 484.

<sup>23</sup> ES, pág. 502

<sup>24</sup> EC, pág. 225.

piarlo. Tampoco puede incorporarlo a su vida ni repararlo viviendo su vida de hombre. Sólo Dios puede penetrar, medir y juzgar el pecado. Dios ha querido hacer justicia y al mismo tiempo salvar al hombre: ha querido amar. Dios se ha hecho hombre, y así ha surgido un ser que ha realizado la igualdad divina con el pecado en una existencia humana. Dios ha saldado cuentas con el pecado en un espíritu, en un corazón y un cuerpo humanos.<sup>25</sup>

En estos textos de “El Señor” (1938), inspirados en San Anselmo pareciera subrayarse la “igualdad divina con el pecado” enduaciéndose de algún modo el tema patrístico del “*admirabile commercium*”, en una suerte de justicia cuasi-conmutativa.

Mucho tiempo más tarde, en un texto póstumo, Guardini sostiene que la forma de llevar adelante la redención muestra que Dios ha dado un tal peso a la culpa del hombre hasta llevarlo a exigirle el resarcimiento y la expiación. Comentando expresamente el *Cur Deus Homo* muestra que en la creación el hombre Dios se ha comprometido a sí mismo, y de este modo ha comprometido su honor y el respeto debido a su propia santidad. Por este honor se exige que la culpa sea expiada. Pero Dios lo exige por el amor que tiene por el hombre, para que su dignidad sea salvaguardada, sea salvo en sí mismo, no como puro objeto. Para lo cual la actividad de Dios adquiere el carácter del amor.<sup>26</sup>

Ante este valioso texto cabe preguntarse si es Dios quien ha dado peso a la culpa del hombre, o es el propio hombre quien —al pecar— lo ha hecho. La entidad del pecado del hombre depende inmediatamente de la libertad del hombre, en este orden de creación y redención querido por Dios. Pareciera advertirse en la afirmación guardiniana algún cierto sabor voluntarista. Lo que en cambio sí depende de la libertad de Dios es el camino de redención elegido por medio del Hijo de Dios encarnado. Algunas páginas más adelante, en el mismo texto, nuestro autor sostiene que Jesús entra en nuestra existencia, no como huésped intocable, sino como perteneciente a esta parte<sup>27</sup>. Se hace responsable por nosotros, perteneciendo a nuestra parte, para responder así frente al Padre. La consideración del *commercium* es aquí más flexible y análoga la que veíamos en “El Señor”: Jesús se hace responsable por el propio hombre, incapacitado de responder por sí mismo.

<sup>25</sup> ES, pág. 502

<sup>26</sup> EC, pág. 224.

<sup>27</sup> EC, pág. 263



### c) El motivo sacrificial

Al comentar la imagen de Jesús en la carta a los Hebreos, Guardini habla de la Cruz como el sacrificio de todos los sacrificios, donde el paso del umbral del mundo fueron su muerte, Resurrección y Ascensión a los cielos, considerados los tres acontecimientos como un todo inseparable. Cristo se encuentra ahora ante Dios, con la virtud expiatoria de su sangre, desarmando la justicia del Dios vengador.<sup>28</sup> Guardini considera el valor eterno del sacrificio de Cristo; muestra que la acción sacrificial de Cristo perdura eternamente ante Dios. Cristo presenta ante Dios la llamada eterna de su acción, y ésta es la fuente de nuestra vida y nuestra constante expiación: ella es fuente de nuestra reconciliación.

Nuestro autor subraya adecuadamente la forma dialogal del sacrificio del Hijo al Padre: llega a afirmar que el Padre que recibe la oblación es tan grande en el Hijo, como el Hijo lo es en el Padre en el acto de ofrecerla<sup>29</sup>. Guardini muestra así en forma convincente el valor permanente del sacrificio de Jesús. Demasiado antropomórfica nos parece la alusión vindicativa referida a la justicia divina. En efecto, la expiación redentora que restaura un *ordo salutis* querido en virtud de la justicia del Dios de la alianza, no parece aplacar en rigor venganza divina alguna. Los antropomorfismos aplicados a Dios en el Antiguo Testamento han de ser re-interpretados a la luz del Nuevo Testamento.

Bellísima nos parece, por otra parte, la descripción del valor perenne del sacrificio como “llamada eterna de su acción”. Nuestro autor muestra también con acierto la obediencia filial con que Jesús se ofrece al Padre. A través de la pureza de su obediencia alcanza nuevamente la verdad del ser creado.<sup>30</sup>

### d) La Mediación

Ya en una obra temprana, nuestro autor mostraba la estructura insoslayable de la mediación de Jesucristo. Cristianamente —dice Guardini— no hay relación inmediata con Dios. . . no hay modo de conocimiento y adhesión inmediata con El. Toda relación

<sup>28</sup> JNT, pág. 37.

<sup>29</sup> EC, pág. 265.

<sup>30</sup> EC, pág. 260

ha de pasar por el Mediador. Tanto lo que viene a nosotros a partir de Dios, como lo que de nosotros va a Dios debe atravesar por el Mediador. Mediación que no sólo es umbral para ser superado y poder moverse luego libremente: la Mediación es la forma crucial de la relación del alma con Dios. No se puede renunciar a ella sin destruir la esencia misma de esta relación.<sup>31</sup>

Es importante destacar el acierto del acento guardiniano puesto en la permanencia de la mediación. Ella no sólo acontece en un momento puntual de la historia, sino que su modalidad y estructura permanecen para siempre, son definitivas. Su desconocimiento o renuncia conllevan su destrucción. Por ello Guardini muestra que Cristo es el camino, trazado por la encarnación del Hijo de Dios. El "camino" significa que en Cristo Dios ha venido a nosotros; también que en El la naturaleza humana se encuentra orientada entera y plenamente hacia Dios. Seguir el camino es penetrar en Cristo viviente y permanecer en El. El camino se ha hecho practicable, cuando Jesús resucitó en el Espíritu Santo y fue transformado y tranfigurado.<sup>32</sup>

Queda aquí puesto de relieve tanto el carácter descendente de la mediación cristología, como también su carácter ascendente, la nueva orientación entera y plena hacia Dios de la naturaleza humana restaurada en Cristo.

Nuestro autor considera que el ser y la vida de Jesús forman una realidad pneumática eterna. Todo lo que fue y realizó Cristo entró en su existencia pneumática y continúa viviendo. Cristo en la gloria se encuentra en un acto eterno, que contiene toda su obra y destino redentor.<sup>33</sup>

Guardini muestra así que la Resurrección y Pentecostés eternizan la obra de Cristo. La liturgia no hace sino actualizar su vida y obra eternizadas por el Espíritu en la Resurrección-Ascensión del Señor.

## **Conclusión**

Después de haber recorrido de la mano de Guardini diversos aspectos de la figura de Cristo, concluyamos resaltando algunos caracteres más salientes de su teología de Cristo.

<sup>31</sup> W, pág. 41.

<sup>32</sup> W. pág. 42

<sup>33</sup> W. pág. 59

a) Respecto a la vida terrena del Señor pareciera importante destacar la aptitud de visión guardiniana del misterio del Señor. Fruto de la serena contemplación de su figura, vemos en Guardini una capacidad peculiar para observar la vida terrena del Señor y poner de relieve aspectos concretos y precisos de su personalidad. Diríamos que Guardini tiene un ojo incomparable para ver a Jesús: la percepción de su mesura y no estridencia, su virilidad, su compasión, su salud física y psíquica, su soledad última, su vida filial y obediencia, su señorío. Especialmente feliz nos parece su consideración de la conciencia filial en relación con el crecimiento humano del Señor.

Esta vuelta al Jesús histórico completo, que presupone la consideración dogmática, pero que la encara desde el Jesús concreto visto a partir del Nuevo Testamento, fue sin duda un don particular de nuestro teólogo, preocupado por mostrar una figura palpable del Señor para el hombre contemporáneo. Sin oposiciones artificiales ni espíritu dialéctico, sin negar la ontología ni el dogma cristológico; sin oponer la historia a la ontología, Guardini busca integrar y desplegar la figura de Cristo partiendo del Nuevo Testamento. No busca repetir fríamente los dogmas cristológicos. Desea mostrar una imagen viviente del Señor a sus innumerables oyentes y lectores. El Guardini pedagogo se hallaba dotado para ello: porque el Guardini filósofo, el hijo de Platón, de Agustín y de Buenaventura carecía de todo resentimiento anti-ontológico y consecuentemente anti-dogmático, y por ello podía contemplar libre e integralmente al Señor, respetando la totalidad de su figura.<sup>34</sup>

La consecuencia soteriológica de esta nueva atención guardiniana a la vida de Jesús no debe ser pasada por alto. Ya desde sus años juveniles nuestro autor había mostrado que en Buenaventura toda la vida de Jesús tiene un significado salvífico, y no sólo la Encarnación, o la Muerte y Resurrección.<sup>35</sup> Estas observaciones juveniles estaban llamadas a convertirse en una suerte de programa de su propio trabajo teológico en torno a Jesús. Guardini buscaba, en el fondo, brindar un servicio eclesial: ayudar al encuentro vivo de sus contemporáneos con el Señor. También aquí, y de modo paralelo al de la liturgia, nuestro autor temía que una fría objetividad dogmática llevara finalmente a una piedad

<sup>34</sup> Arno Schillson, "Perspektiven Theologischer Erneuerung. Studium Zum Werk R. Guardini". Patmos, Düsseldorf, 1986.

<sup>35</sup> Op. cit. 84

hueca y vacía, carente de genuina vitalidad. Es que Guardini fue, en efecto, un agudo diagnosticador de la vida de fe en la Iglesia. Ya desde la crisis modernista de principios de siglo se preocupó por completar una reacción antimodernista que consideraba negativa, pues había mostrado lo que no es, sin haber mostrado caminos positivos.<sup>36</sup>

b) Respecto de la muerte y resurrección de Cristo, y la soteriología consiguiente, nos parece precisa su teología de la representación inclusiva de Cristo, como también su consideración del sufrimiento de Jesús.

c) El rechazo guardiniano del método histórico-crítico nos parece desmedido. sus observaciones hermenéuticas mantienen indudablemente su validez, pero su alergia a la exégesis contemporánea —explicable sin duda, por su formación en plena crisis modernista de la primera década de este siglo— empobrece en parte su teología. Admirable nos parece, en cambio, el pathos guardiniano frente a la luz liberadora de la revelación.

Guardini subraya la objetividad de la revelación en Cristo y al mismo tiempo la participación subjetiva en la figura objetiva de la revelación. De un modo análogo a lo que acontece en la liturgia, que es ante todo una acción eclesial, donde el “yo” de la liturgia es primariamente la Iglesia como comunidad, y donde el sujeto individual ha de poder participar y ser conformado de acuerdo a su naturaleza individual y social. Esta participación supone una objetividad previa de la acción litúrgica eclesial (con su estilo litúrgico objetivo), objetividad que conlleva una fuerza formativa conformante de la propia subjetividad.

Digamos, algo, por último, sobre su estilo y método. Aunque Guardini no se considerara teólogo propiamente tal, y aunque su dominio científico fuera más bien el que llamaríamos la teología fundamental, ello no obsta a que Guardini desarrolle una cristología genuina, fundada en vivificantes raíces neotestamentarias. Si bien muchos de sus escritos han sido primeramente cursos o predicaciones, y detrás de ellos percibamos un tono casi homilético, su lenguaje, de una frescura y claridad meridionales, es preciso, cuidado y extraordinariamente apto para transmitir una imagen viva del Señor.

<sup>36</sup> Op. cit. 125